

Para empezar a hablar, una queja: el 55,9% de los participantes considera que los 'mayores' no les tenemos en cuenta.



Escuchemos a los jóvenes

Ser joven, según el criterio más generalizado, es tener entre 18 y 35 años. Por otro lado, en los centros de decisión internacionales, tanto económicos como políticos, no hay personas de esas edades salvo rarísimas excepciones. Sin embargo, todo lo que se dispone en esos núcleos de poder afecta en un doble sentido a los jóvenes: en su hoy... y en su mañana, cuando ya no estén quienes lo establecieron. Es de justicia escucharles porque suponen más de un tercio de la población mundial.

MELCHOR DEL VALLE

✉ mechiva@gmail.com

🐦 [@mechiva](https://twitter.com/mechiva)

📘 [Melchor del Valle](https://www.facebook.com/Melchor-del-Valle)

MÁS QUE NADA POR alcanzar una puesta en común de conceptos, nos estamos refiriendo como 'jóvenes' a dos grupos: los nacidos en la década de los 80, lo que se suele llamar la 'Generación Y' o 'del milenio', también 'milénica' (*milenial*), más los que vieron la luz al final del siglo XX. Es decir: los unos, por poner un ejemplo de línea temporal, han usado aún un teléfono con disco para marcar, han madurado con el móvil y ahora son entusiastas del *smartphone*. Los otros han jugado desde bebés con ese último tipo de terminal; lo demás son piezas de museo.

Son también muchas las diferencias que hay entre cualquiera de los grupos si nos fijamos en los llamados primer o tercer mundo. Entre ellas, también por ejemplo, que los 'milénicos' de los países en desarrollo ya han dado lugar a la siguiente generación, cosa que no sucede en los desarrollados. Por eso, el único nexo de este heterogéneo grupo es el de su casi nula pertenencia a los centros de poder. Y todos saben que son beneficiarios o víctimas de las decisiones que ahí se tomen.

La voz de los jóvenes. El Foro Económico Mundial, FEM, tuvo la idea de interesarse por la opinión de ese grupo de ciudadanos del mundo que son los comprendidos entre 18 y 35 años mediante un estudio anual. El trabajo de campo y análisis los hace Global Shapers: una organización creada a expensas del FEM para dar voz a este conjunto de personas. La macro encuesta de 2017 se llevó a cabo en 186 países y en 14 idiomas. Se obtuvieron 24.766 respuestas fiables, de las que el grupo mayoritario fueron los comprendidos entre los 22 y los 26 años (35%), seguidos de los que tienen entre 27 y 30 años (27%). El 21% está por debajo de los 22 años y el 17% restante por encima de los 30. El porcentaje hombres/mujeres es similar: ligeramente superior el de mujeres.

Podemos considerar que la distribución por países no es significativa, aunque hubiera sido importante poder tener en cuenta la segmentación en este sentido. La razón es que Global Shapers se organiza en pequeñas asambleas locales (*hubs*) y seguramente dependió de lo activos que fueron los miembros de estas para obtener

El único nexo de este heterogéneo grupo [18 a 35 años] es el de su casi nula pertenencia a los centros de poder

mayor o menor número de *respondientes*. Valga el ejemplo de El Salvador, que con unos 7,3 millones de habitantes obtuvo 1.425 respuestas (amplia mayoría de mujeres), mientras que en España (46,5 millones de habitantes) participaron 464 jóvenes, que no son malas cifras porque es el segundo Estado de la UE en contribución. Los países con mayor número de respuestas

fueron, por este orden, Alemania, México, Estados Unidos y el citado El Salvador, y se obtuvieron cifras muy significativas de sitios como Canadá, Brasil, Chile, India, China, Malasia, Palestina, España, Suiza o Ucrania.

‘Si nos escucharais, sabríais que...’ Para empezar a hablar, una queja: el 55,9% de los participantes considera que los ‘mayores’ no les tienen en cuenta. Por eso quieren que sepamos que su mayor preocupación es la destrucción de la naturaleza que identifican con el cambio climático y cuyo causante es el ser humano. Algo así como “vaya porquería de planeta que nos estáis dejando”. Es la opinión del 48,8% de los participantes, que también ve un gran problema en las guerras y la escalada de conflictos (38,9%) y, ojo al dato, en la desigualdad (30,8%).

Preguntados los que apuntan a la desigualdad, como uno de los grandes problemas de nuestro mundo, por cuáles son los factores que contribuyen a ella en su país, responden que la corrupción y la falta de transparencia (48,6%), el nivel de ingresos (43,2%), el acceso a una educación de calidad (38,8%) y la discriminación por motivos de raza, género o religión (35,5%). Este ‘pódium’ de las



Para saber más



Global Shapers Survey. Annual Survey 2017. Global Shapers Community (Foro Económico Mundial, 2017).

► <http://bit.ly/2BUd5pm>



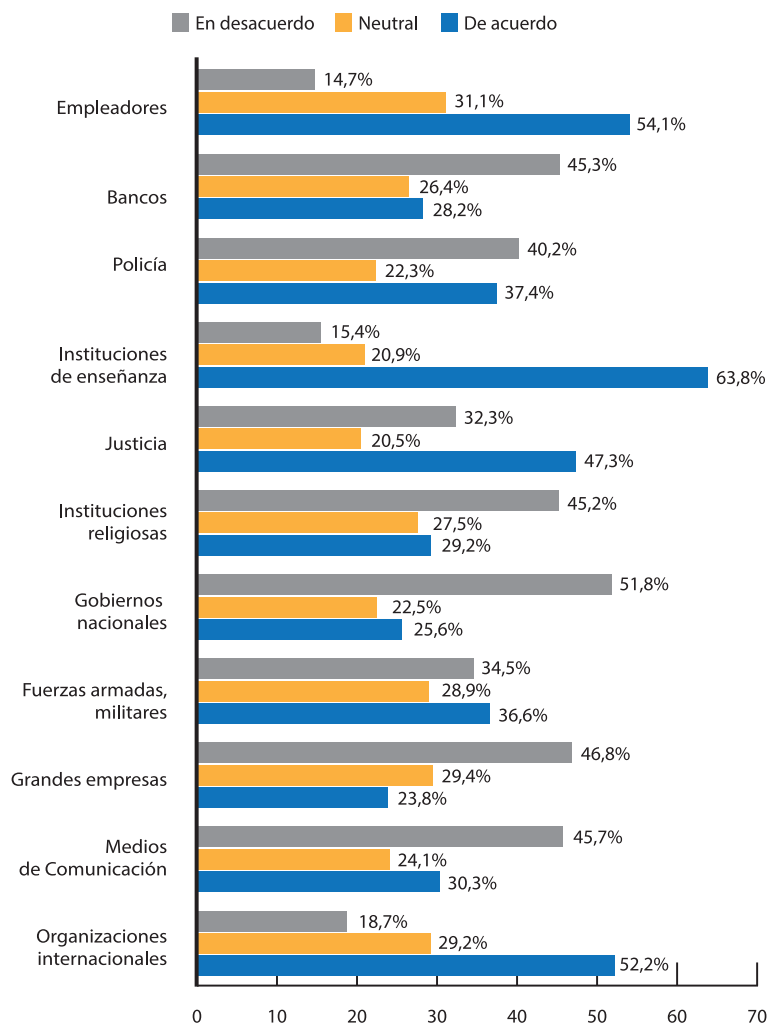
Web The Global Shapers Survey.

► <http://bit.ly/2beKqgH>



Confío en que las siguientes instituciones sean justas y honestas...

(Respuestas posibles: muy de acuerdo, de acuerdo, neutral, en desacuerdo, muy en desacuerdo)



Fuente: Global Shapers Survey. Annual Survey 2017.

Su mayor preocupación es la destrucción de la naturaleza que identifican con el cambio climático y cuyo causante es el ser humano



razones de la desigualdad no es lo mismo en todas las regiones. Muy resumidamente, esta visión general coincide con lo que piensan los participantes de los países con menos renta per cápita. En los que esta es superior, los ingresos son la principal causa de desigualdad, seguidos de la discriminación y el acceso a buena educación, quedando la corrupción en cuarto lugar. Para los españoles, sin embargo, esta lacra es el peor problema del país (82,5%).

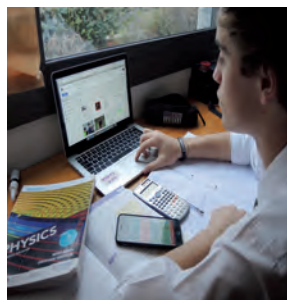
Las cosas de comer. El análisis de Global Shapers se divide en cinco capítulos: economía y perspectiva global, gobierno y participación ciudadana, tecnología e innovación, valores y sociedad y negocios y trabajo. Las preguntas de todos los apartados responden a un mismo criterio: cómo ven los jóvenes el mundo y qué quieren hacer para mejorarlo. Hay en cada una de las secciones resultados muy interesantes y hasta sorprendentes, como que el 55,4% de los jóvenes cree que la crisis de refugiados se resuelve incluyendo a estos en la fuerza de trabajo

nacional; es más: un 72,6% dice que, por lo que a ellos respecta, serían bienvenidos a su país, porcentaje que se eleva a un 80% en EE. UU. (¿habrá tomado nota alguien en la Casa Blanca?).

Pero, como cualquiera con cierta edad habrá comprobado en sus propias carnes, es precisamente en el momento en que nos incorporamos a la vida laboral cuando empezamos, con los pies en la tierra, a ver las cosas de otra manera. Justo es, pues, que nos fijemos en el apartado en el que los entrevistados hablan de trabajo, de su trabajo. “Los

jóvenes —explica el informe— sienten que son percibidos como perezosos, impacientes, llenos de derechos y poco preocupados por el trabajo. Nuestros datos, sin embargo, ofrecen una muy diferente imagen de quién es esta joven generación”. Solo la mitad de los participantes anotaron que aceptarían un trabajo mirando el sueldo, mientras que las dos quintas partes de ellos mirarían antes su naturaleza y el impacto que tendría en la sociedad; también la carrera profesional que les ofreciese.

El 81,1% confirman que estarían dispuestos a irse a otro país para encontrar o mejorar su trabajo. En la clasificación de Estados preferidos para emigrar, copan el podio EE.UU., Canadá y Reino Unido. España es el octavo lugar en las preferencias. Una de las segmentaciones que realiza el estudio mira las respuestas según el Índice de Desarrollo Humano, HDI, (de *Human Development Index*), que tiene en cuenta la esperanza de vida, la edu-



El 81,1% confirman que estarían dispuestos a irse a otro país para encontrar o mejorar su trabajo

cación y los ingresos per cápita. Y ahí se obtiene un resultado que posiblemente sorprenda: son más proclives a moverse los jóvenes de regiones con rango medio de HDI que los que tienen un rango bajo (obviamente, los que viven en zonas de rango alto tienen menor interés por emigrar). Es decir: quienes tienen menor esperanza de vida, posibilidad de educación e ingresos, no son los que más “prisa” tienen por marcharse a otro lugar donde los vientos sean más favorables. Algo les debería sugerir esto a las instituciones supranacionales...

En la encuesta también se opina sobre lo que sería una cultura laboral amigable para la gente joven. Un 41,4% se sentirán cómodos si tienen la oportunidad de contribuir a la visión y estrategia de la compañía para la que trabajan; un 34,3% si hay un programa de tutoría que les apoye y en el que puedan participar como mentores a futuro y 33,9% que sus empleadores acepten el fracaso como una experiencia de aprendizaje. ¿Verdad que los departamentos de recursos humanos y comunicación interna tienen mucho trabajo por delante?

Escucha y actuación. Dicen los autores del informe algo con lo que es difícil estar en desacuerdo a nada que escuchemos a nuestros jóvenes o sigamos sus reflexiones en las redes sociales: son “cada vez más conscientes de qué consumen y de dónde viene. Son también cuidadosos acerca de dónde radica su lealtad en este sentido”. Una lealtad que entregan fijándose en los informes de sostenibilidad y de responsabilidad social empresarial (59,6%) de las compañías y en lo que dicen los medios de comunicación (40,6%) —aunque esto lo ponen un tanto en cuarentena en otro de los apartados al considerar a dichos medios poco justos y honestos—.

Como dice Klaus Schwab, fundador del Foro Económico Mundial, “es reconfortante ver que los jóvenes han respondido con tanta convicción sobre cuestiones de actualidad como la discriminación, la desigualdad, la política y la gobernanza, los objetivos de desarrollo sostenible, los refugiados, la tecnología y, por supuesto, el papel de las empresas en la sociedad. Y ahora que los jóvenes han hablado, la mejor respuesta que podemos brindar es demostrar que escuchamos. Y la mejor manera de hacerlo es garantizar que estas ideas influyan en nuestras decisiones y nuestras acciones como líderes”. Imposible una conclusión más contundente. ●

Juventud española

PARA el 82,5% de los jóvenes españoles participantes, el mayor problema es la corrupción, seguido de la falta de oportunidades económicas y de empleo (74,4%), de la desigualdad (39,4%) y del envejecimiento de la población. Creen que el acceso a internet (44,1%) es el factor que más contribuye al empoderamiento de la juventud, que lo que les haría sentirse más libres es la igualdad de oportunidades para todos (60,1%) y el 86,7% están dispuestos a irse a otro país a trabajar, preferiblemente EE.UU. y Reino Unido.



CARLOS SÁNCHEZ,
director adjunto de *El Confidencial*

✉ csanchez@elconfidencial.com

🐦 @mientrastanto

Jóvenes: entre el 'mayo francés' y la cruda realidad

ALGUIEN DIJO —la frase se atribuye a Willy Brandt— que “quien a los 18 años no es de izquierdas no tiene corazón”. Años después, cuando la socialdemocracia comenzó a tambalearse, los conservadores pusieron la réplica ideológica: quien con 40 años continúa siéndolo es que no tiene cerebro.

Ambas proposiciones reflejan una tensión vieja como la vida misma. La confrontación entre las emociones y la razón. Entre el juicio y los sentimientos. Se considera que los jóvenes se mueven por emociones y los mayores por pragmatismo racional.

En las últimas décadas, sin embargo, y a la manera de la célebre síntesis superadora de la dialéctica hegeliana, los neurobiólogos han elaborado su propia teoría. Y su opinión es que los sentimientos no se entienden sin la razón. Y, al revés, el cerebro es producto de los sentimientos. De ahí que se hable de inteligencia emocional.

El neurobiólogo Antonio Damasio, (*El error de Descartes*) llegó a considerar que el sistema de razonamiento se desarrolló como una extensión del sistema emocional, lo que en la práctica supone que aquella dicotomía entre izquierda y derecha basada en la edad tiene pinta de ser algo sospechosa.

Hay una cosa cierta. Las preocupaciones de los jóvenes son distintas de las personas mayores. Y eso puede explicar su actitud a la hora de enfrentarse a los problemas. Aunque no solo eso. La progresiva democratización del planeta —cada vez más países se rigen por normas parlamentarias— ha creado una paradoja: muchos jóvenes que solo han vivido en libertad y democracia tienden a pensar que el sistema los desprecia. O, al menos, que los ignora. Esta es la principal conclusión de la Encuesta Anual de Global Shapers, que revela la desconfianza de muchos jóvenes en el sistema. Probablemente, porque no se sienten partícipes y le dan más credibilidad a una ONG que a su Gobierno.

No es un fenómeno nuevo. Conviene recordar que este año se celebran 60 años del *mayo francés*, que fue el primer gran gesto de rebeldía contra el orden europeo creado tras la II Guerra Mundial. El *mayo francés* no fue una revuelta contra la situación económica (Francia vivía tiempos de prosperidad); tampoco fue una insurrección estrictamente política (el objetivo no era la caída de De Gaulle); ni mucho menos una rebelión de obreros contra el capitalismo. Fue una explosión de desconfianza hacia un sistema (“debajo de los adoquines está la playa”) que, ya en aquella época, no parecía representarles.

No puede ser casualidad que el grito más escuchado en el 15-M casi seis décadas más tarde fuera, precisamente, “No nos representan”, lo que sugiere que cada dos o tres generaciones una parte relevante de la población juvenil tiende a desengancharse del sistema.

Unas veces por causas laborales —precariedad y bajos salarios—; otras veces, porque sienten que la política está dominada por políticos profesionales que tienden al clientelismo y a la corrupción; otras, porque la sociedad de consumo devora el planeta, y ahí están el cambio climático y la obsolescencia programada, y otras, porque la desigualdad y la pobreza se han globalizado, como puede observarse en todas las cadenas de televisión a cualquier hora. Ni siquiera, como revela la encuesta patrocinada por el World Economic Forum, los medios de comunicación o las grandes corporaciones son hoy instituciones convincentes.

Es decir, la desconfianza en el sistema —que no es general ni tiene los mismos perfiles— no tiene raíces sociolaborales o estrictamente económicas. Ni siquiera es una revuelta contra la familia tradicional representada por la vieja guerra entre padres e hijos, como en los 60. Por el contrario, es fruto del ocaso de viejos paradigmas y de la eclosión de fenómenos nuevos, en muchas ocasiones vinculados a las nuevas tecnologías.

Si en el *mayo francés* o en la lucha contra el franquismo la protesta social se canalizó a través de las universidades, hoy las redes sociales son capaces de configurar un nuevo sujeto colectivo disconforme con lo que observa. Aunque tenga asegurado sanidad gratuita, educación universal o, incluso, prestaciones sociales impensables hace pocas décadas. Obama fue el primero que lo vio claro.

En una palabra: la globalización ha desbordado el viejo orden social. Hasta el punto de que el concepto tradicional de familia está en entredicho, como ponen de manifiesto los bajos niveles de natalidad. No solo en España, sino en la mayoría de los países de Europa. Incluso, en aquellos con pleno empleo.

No es mejor ni peor, simplemente es distinto. La globalización, las nuevas tecnologías, el derrumbe de las fronteras, los mayores niveles de bienestar, el hecho de que la democracia (al menos en su forma más básica) esté conquistada y, en definitiva, la libertad, han creado un nuevo ecosistema muy distinto al que Europa ha conocido desde 1945.

No es una mala noticia. Las democracias liberales han enseñado a los jóvenes a vivir en libertad. A pensar por su cuenta y a estudiar sin convencionalismos. Antes se buscaba un trabajo, ahora una profesión. El problema surge cuando esas expectativas no se cumplen. O cuando la tasa de paro juvenil es inaceptable.

Como se ha dicho, no es nada nuevo. Los nuevos paradigmas generan frustración y desasosiego. Lo análogo frente a lo digital. Las expectativas frente a la realidad. Pero en la medida en que los cambios tiendan a consolidarse, los jóvenes se irán creyendo parte del sistema. Como dijo el castizo, al fin y al cabo, la juventud es una enfermedad que se cura con los años.

«Muchos jóvenes que solo han vivido en libertad y democracia tienden a pensar que el sistema los desprecia. O, al menos, que los ignora»

“Las tres contradicciones de la globalización”

